

La puerta para entrar con el Espíritu

*Eduardo Valdés, sj**

Quisiéramos recoger unos puntos de apoyos que San Ignacio presenta en la famosa meditación del principio y fundamento (EE Nº 23). Meditación íntimamente ligada con la que termina en los ejercicios: contemplación para alcanzar amor (EE Nº. 230). Saber entrar en el amor es atinar a salir con él. Como el haz y el envés de la voluntad de Dios. Es mostrar que comienzo, medio y fin son de Dios. Este pórtico, sellado con la contemplación para alcanzar amor, queremos dedicarlo al P. Pierre Gouet.

En la misa de su entierro, su antiguo ayudante como maestro de novicios, iniciaba su recordatorio mostrando una rara habilidad, quizás habría que decir delicada destreza. El P. Gouet, con su sonrisa eterna, retaba a cualquier que le diera chicharos de las más diversas fincas y, en medio de ellos, los que se producían en su terruño campesino. Indefectiblemente salía victorioso. Es cierto que los famosos catadores son de vino o café, no se suele hablar de los catadores de chicharos.

Tener ese paladar especializado puede ser un don pero también es un arte. El P. Gouet mostró, a lo largo de su vida, que ese arte y oficios de saber distinguir puede parecer puramente físico pero también lo tuvo para el espíritu. Saborear la vida, la historia, lo económico, lo social y cualquier otra realidad humana y sus relaciones parece un reto sin sentido. Peor aún si en medio de todas esas realidades gustamos el espíritu y nos damos cuenta que siempre ha sido parte de nuestro ámbito cotidiano.

Como decíamos, el P. Gouet era un exquisito acompañante en el espíritu. Se le podía engañar por un tiempo, confundir con retos imprevistos o desviarlo con matices pero tarde o temprano, en medio de

* Jesuita, vive en San Salvador. Pertenece al consejo de redacción de Diakonia.

todos esos acontecimientos que se le presentaban, terminaba sabiendo cuál tenía el gusto, el cuerpo, la delicadeza, la suavidad y el aroma de su tierra, es decir, cuál provenía del buen espíritu o cuál no aunque viniera trabajado por todas las técnicas modernas de la creación de sabores artificiales. Terminamos este pequeño exordio agradeciendo al P. Gouet su espíritu de fineza y su humildad de siempre compartirlo.

El principio y fundamento no es solo la meditación inicial de los Ejercicios sino también la invitación profunda de recuperar nuestra capacidad de gustar el Espíritu. No entramos en las discusiones de cuándo fue hecho, si es muy posterior al cuerpo central de los Ejercicios, si en más “cerebral” como meditación, no menciona a Jesús (tampoco al Padre) y otra serie de discusiones al respecto.

Solo queremos dejarnos tomar de la mano para descubrir que desde la primera palabra hasta el último sentido somos guiados por el Espíritu. Por otro lado, no recorreremos todo el río maravilloso que presenta sino que pondremos los mojones indispensables para atravesarlo aunque no prosigamos con la selva virgen de la semana del pecado ni con el rostro fiel de Jesús que se vuelve perla preciosa que todo lo enriquece ni lleguemos a ese no se qué que nos queda balbuciendo: “Tomad, Señor y recibid...”

La creación del ser humano: la intimidad con Dios

La primera afirmación de los Ejercicios para entrar en la oración nos pone en relación con todo que nos rodea. Un ser humano unido estrechamente con su mundo y su historia. Dios regala la vida y al ser humano su intimidad.

La intimidad nace de la palabra libre y atenta de Dios que nos pone en la vida. Hay un aliento que nos ha sido dado aunque puede haber muchas personas que tienden a vivirse como cosas hechas y abandonadas a su destino. Sin darse cuenta que nos ha regalado además la imagen y la semejanza. Dios nos ha hecho como Él capaces de comunicar la actividad del espíritu. Es decir, somos interlocutores de Dios.

Dios queda como rostro indeleble en lo más íntimo nuestro, es una alianza entre el Creador y su creatura. Hemos sido creados para vivir en esta alianza íntima con Dios. No solo como un hecho del pasado sino

como un evento continuo, como un encuentro diario y habitual. Dios no deja de promover y alentar toda mi vida pero con una discreción extraordinaria. No impone acosadoramente su presencia o de manera inoportuna como un huésped molesto. Nos ha dejado su traza en mi libertad. Cuando lo queramos encontrar podemos entrar en el santuario de nuestra libertad y de nuestro corazón para encontrarlo. Nos hace confiar en la fuerza de este dinamismo que Él ha puesto en nosotros hacia Él. Discreción que corre el riesgo que lo olvidemos.

Dios nos crea a su imagen retirándose para dejarle campo libre a su creatura. No pronuncia su nombre pero espero que nosotros lo balbuceemos en cada encuentro. Por eso, de todo lo creado, el ser humano es lo más cercano a Dios. Lo "original" de Dios es que es nuestro origen. Pero esta imagen parece tan fugaz, tan precaria y tan frágil que para muchos nos es difícil reconocer a ese Dios que se aposenta en mí.

Los movimientos de espíritu puede ser de alegría, de adoración pero también de respuesta orgullosa. El ser humano puesto en crisis, "serán como dioses", puede quererse como su propio origen o causa de sí mismo. La discreción de Dios se vuelve pretexto o confusión para dudar de la presencia de Dios. La discreción parece silencio, abandono o desamparo. Jesús conoció esa tentación en la cruz.

Dios siempre pronuncia nuestro nombre y nos regala el pronunciar al suyo. El combate espiritual que nos reconstruye desde lo más íntimo de nuestro ser rebelde nos deja pobres de nosotros mismos y aceptamos por fin la riqueza de recibirnos todo por entero de Dios quien nos ha hecho para Él. Ahí somos verdaderamente libres cuando Dios es lo más nosotros mismos que nosotros mismos. El amor deja de ser fusión, confusión o rechazo, exclusión.

Alabar a Dios: la historia de liberación

Cuando Dios termina la creación del ser humano dice: "muy bien". Las primeras palabras de Dios ante el ser humano es para alabarlo. Hay una dicha de Dios ante el ser humano que ha nacido de su Palabra. Dios saborea la bondad del hombre y la mujer. A esta alabanza añade la bendición que se vuelve cobijo para el futuro del ser humano y abre el futuro como promesa de fecundidad. Dios siempre permanecerá junto a

la pareja de manera silenciosa, discreta trabajando por esos seres humanos. A lo largo de toda la Biblia podemos encontrar un enjambre de alabanzas de Dios hacia los seres humanos. "María... has hallado gracia delante de Dios." (Lc 1, 30).

"El hombre es criado para alabar... a Dios Nuestro Señor". No es un mandamiento sino una constatación del júbilo de Dios ante el ser humano. El primero conoce y saborea ese gozo. Alabar es una manera de Dios de estar en relación con el ser humano y recíprocamente una manera del ser humano de estar en relación con Dios. La alabanza es una primera manera para Dios y para el ser humano de ligarse íntima y recíprocamente y comenzar a cumplir el proyecto de Dios que viene de la creación.

La libertad es la experiencia fundamental que pone al ser humano en movimiento para alabar. La libertad y la alabanza nacieron el mismo día en la otra orilla del Mar Rojo cuando Dios liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Este acontecimiento fundado de Israel es el principio y fundamento de la alabanza. Cuando la liberación se vuelve canto y oración se convierte en alabanza.

En la mañana de resurrección son las mujeres las primeras, junto con Miriam, las que entonan un canto de victoria: "Canten a Yahvéh, espléndida es su gloria, caballo y jinete arrojó al mar" (Éx 15, 20). En el salmo 104, Israel celebra la creación como una victoria sobre el caos primitivo. Ese acontecimiento pasado pero cotidiano de la creación del mundo recibe la fuerza de expansión de la liberación de Egipto y se hace un solo canto. Permitiendo entonces una tercera voz de alabanza a Dios no por lo que ha hecho sino por lo que es. En los salmos 47-46 encontramos apilados los títulos de Dios para la alabanza. Todo esto sin evocar hechos particulares. ¡Qué bueno que Dios sea Dios y que siempre siga siendo como Él es!

Israel alaba a Dios contando su propia historia con Dios. La alabanza se hace relato, evoca los pequeños eventos liberadores que forman la trama de nuestra historia con Dios. La primera y segunda persona se vuelven tercera persona que alaba. El salmo 22 comienza con un estilo de evocación y pasa de "él" a "tú" y lo mismo con la invocación de "Oh Dios". Decir es prepararse a decir "yo", es implicarse

en el diálogo, pasar de la evocación a la invocación. ¿Cómo podemos hacer para poner en este mismo ritmo el salmo de nuestra vida? Sabiendo que el salmo 22 como muchos otros se enriquecen por “los otros”. La alabanza se vuelve comunicativa, insoslayablemente comunitaria, litúrgica. “Contaré su fama a mis hermanos, reunido en asamblea de alabaré”(Sal 23).

Para agradecer, nosotros los occidentales nos quedamos centrados en el don o sobre nosotros mismo, “le agradezco este magnífica libro... por la ayuda brindada...” El hebreo centra su alegría sobre el donador: “tú eres maravilloso, tú tienes un corazón grande...” En la acción de gracias quedo fijado en el don recibido. En cambio la alabanza no habla del regalo, exalta a Dios. Hace exaltar en Dios al ser humano que lo alaba. “Mi alma exalta al Señor, mi espíritu se exulta en Dios, mi Salvador” (Lc1, 46).

Pilar fundamental de la vida cristiana es la alabanza. Es el corazón de nuestra fe en Dios y su acción liberadora es salvadora para nosotros. En la Biblia, la actitud contraria a la alabanza es la impiedad. La alabanza se opone, en el ser humano, a la arrogancia, a la autosuficiencia y a la negación de Dios (Sal 10).

Por la alabanza, el cristiano se educa, es conducido a no disociar a Dios del mundo y de los acontecimientos de esta historia sino a asociarlos en su oración. Esta oración “desarregla” en nosotros, personas occidentales nuestra manera de ver cuantitativa, ligada a lo rentable o que solo ve en los acontecimientos del mundo el resultado de fuerzas ideológicas y económicas dejando de estar atento a las trazas lisibles que deja Dios creador y salvador.(Sal 79,10).

La alabanza choca contra nuestra autosuficiencia, nuestra injusticia, nuestro narcisismo y nuestra iniquidad. Ella es un ejercicio de éxodo, por eso, la tradición cristina la ha llamado el *sacrificio de alabanza*. Nos introduce en la actualidad cotidiana de Dios. Es la manera constante de pensar bien de Dios y de contarle a Dios y a los otros esa bondad. Por la alabanza, diariamente se teje nuestro nexo con Dios (Is 9, 1-16). Es recordar y darnos cuenta que estamos colocados entre Dios y la creación, entre Dios y la historia. Tenemos que hablarle a Dios del mundo y de lo que ocurre en el mundo como también decirle al mundo de lo que Dios hace en él.

A partir de un testimonio, la alabanza puede llegar a ser colectiva. Hoy la Iglesia es el pueblo-alabanza. Tiene la vocación de responder a las naciones narrándoles dónde y cómo se manifiesta su Dios. La alabanza es un asunto de vida o muerte espiritual (Sal 119,175). Habiendo sido dada a luz con la salvación del éxodo de Egipto hoy crece con la salvación cotidiana.

El hombre moderno hace grandes maravillas con su espíritu y sus manos. Con frecuencia recupera la gloria de sus obras para sí mismo sin darle gracias a Dios. Aunque los verdaderos sabios se hacen cada día más modestos. "... y no diremos más 'Dios nuestro' a la obra de nuestras manos..."(Os. 14,4).

Hacer reverencia a Dios: respetar a Dios siempre más grande y cercano

Dios se nos revela no en un evento exterior sino levantando el velo sobre lo que Él es íntimamente como lo hizo con Moisés en la zarza ardiente. Vemos en Éx 3, 1-15 como arde una zarza sin consumirse. La curiosidad de Moisés lo lleva ante ese hecho inusitado. Dios no responde a ese porqué, no le gusta la curiosidad. Como entrada, pide el respeto que se inscribe en su cuerpo, "no te acerques", "quítate las sandalias" y el mismo Moisés se pone un velo sobre su rostro. A continuación, Dios habla desde el interior de la zarza. Es fuego devorante es el mismo que se manifestó a los ancestros de Moisés. "Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Dios se revela a través de las relaciones, por su lazo con las personas, después Dios se muestra afectado por la miseria de su pueblo. Encarga una misión imposible para Moisés solo, entonces se revela como compañero auxiliar, "estaré contigo" y luego deja su nombre "Yo soy el que soy". No es un yo en medio de otros yo soy sino el incernible, irreductible a cualquier otro y, sin embargo, quiere la relación entrañable con el ser humano.

Vayamos al otro extremo del Éxodo, 34, 6-9. Ahí Dios se precisa: "Yahvéh pasó por delante de Moisés y exclamó: 'Yahvéh, Yahvéh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes...'". No hay nada nuevo pero volvemos a encontrar que Dios se revela con palabras relacionales. Toma en cuenta las debilidades y las faltas del ser humano. Ellas no son

un obstáculo infranqueable para mantener su relación, incluso si el ser humano debe sufrirlas, no anulan la fidelidad de Dios.

Él es que no podemos ver sin morir trastoca nuestras evidencias, nuestras ideas se vuelcan y nuestras acciones enmudecen. La intimidad no es lo contrario de la distancia. La intimidad postula la distancia. No estamos ante la pura fantasía o banalidad de la relación. El respeto va de la mano con la inmensa distancia que se mantiene incluso cuando Dios se acerca. El respeto se vuelve entonces adoración (Is 6, 1-7).

La postración del cuerpo pero, sobre todo, la del corazón nos introduce en una oración de adoración, pues, el Padre busca adoradores en espíritu y en verdad. En espíritu, con un corazón sincero; en verdad, sin equivocarnos sobre la infinita grandeza del que adoramos. La adoración va de la mano con el silencio: "... Dios está en el cielo pero tú en la tierra: sean por tanto pocas tus palabras" (Ecl 5,1). Nos pone en nuestro verdadero lugar de humildad.

Dios y Jesús siempre nos respetan, no imponen sus dones, sus milagros ni su bondad. Nos habita en quietud sin manipularnos de ninguna forma y haciéndose absoluta discreción.

Pero nos cuesta acoger a Dios tal como se nos manifiesta. Como somos animales religiosos y nos cuesta desprendernos de ese estado, nos fabricamos dioses con nuestras manos, sean de piedra, de oro, de madera, con nuestras riquezas, su dinero, con nuestra libertad, el poder, la dominación y con nuestra cabeza, sus fantasmas, sus ideologías.

Mi 6, 6-8 nos habla de un ser humano que ha pecado y busca el favor de Dios: manipularlo. Tiene la imagen de Molok insaciable que pide cantidades sin límites. Incluso ofrecerle a su hijo... todo en nombre de la generosidad, sin darse cuenta cree respetar a Dios, al Dios que se ha fabricado. De estos dioses imaginados y fabricados debemos huir, ser ateos de ellos. Quiere ofrecerle a Dios cosas que no le ha pedido e incluso detesta y le tiene horror. Ese hombre ha olvidado lo que Dios espera: "Acuérdate". Se trata del corazón, de la bondad, de la justicia y de la reciprocidad a este Dios que no cesa de estar presente: "camina humildemente con tu Dios".

En los inicios de la vida espiritual (y quizás siempre) es una permanente tentación hacernos un dios a nuestra medida, viable, listo para llevar... fabricado al gusto de mi conciencia o de la cultura

circundante. Dios se vuelve presa del ser humano que no acaba de salir de su ser animal religioso y que permanece en ese estado.

Hoy hay una curiosidad que corre ante todo lo que parece misterio, milagros, signos... con la intención de hacer visible lo invisible. Una curiosidad que se manifiesta justamente allí donde debemos bajar los ojos. Hay una indiscreción en relación a lo divino, una insensibilidad al misterio y una falta de pudor a la revelación.

Nuestra resistencia al respeto de Dios se viste de dos formas contrarias y, al mismo tiempo, emparentadas: la dominación y la servilidad. Fabrico un dios que quiero poseer pero finalmente ese dios me posee y ante él termino servil.

Al entrar en el camino de conversión hacia el respeto de Dios conviene recordar que convertirnos no significa remplazar el objeto idolatrado. Por ejemplo, el dinero por Dios, pues, seguiré manoseando a Dios como lo hacía con el dinero y terminar siendo servil hacia Él como el hombre que describe Miqueas. La conversión exige un vuelco total del corazón. No es un asunto de contenido sino una cuestión de movimiento. Es acoger a Dios tal como se revela y, en lugar de ser servil, la conversión será servirle.

Una segunda nota sobre el temor de Dios muy ligada a nuestro vocabulario del respeto. La tradición cristiana siempre ha distinguido dos tipos de temor de Dios: el temor servil y el temor casto. El temor servil es aquel que teme el castigo y sirve a Dios por el beneficio personal que saca de esa relación. Hay un reconocimiento real de Dios pero mezclado con el propio interés.

Por el temor casto, Dios es respetado y amado por Él mismo. Casto porque no respeta a Dios por los beneficios personales que saca de Él. Es temor de desagradar a Dios y de no amarlo lo suficiente. Ese temor es deseo de vivir en su presencia.

Por el temor servil uno empieza a amar los mandamientos de Dios que, al principio, parecen duros y pesados, pero poco a poco el yugo de Dios se siente suave y ligero. El ser humano detesta el peco no por miedo al castigo sino porque comienza a gustar los beneficios de la paz y de la libertad verdaderas. El temor ha preparado un lugar al amor. Entre más crece el amor más decrece el temor. "El amor perfecto borra

el temor" (1Jn 4,18). San Agustín da el ejemplo de las dos mujeres casadas para ilustrar las dos formas de temores. "¿Temes a tu marido?" Cada una responde "Lo temo". La palabra es la misma pero no el sentimiento. La primera, la esposa adúltera, teme que su marido regrese. La esposa fiel teme que no regrese. La primera teme ser condenada, la segunda teme ser abandonada (In epist. Ad Parthos 9, 5-6).

Dios en el que creemos no es un conjunto de secretos y de misterios que debemos atravesar. Él no está a la medida de nuestro dominio intelectual, técnico, afectivo. Primero no es conocido sino alabado, respetado y servido. Por ese camino algo de Él es conocido y esto es el más precioso de todos los dones superiores (1Cor 12, 31). Mi relación con Dios en la vida cotidiana confirma en mí el respeto de Dios.

Pongamos la experiencia de la vida de una pareja. No es un conjunto de conocimientos mutuos los que han hecho que se amen y que aún continúen a amarse. Ellos se aman más allá de lo saben y de los que se conocen. Amarse no suprime el misterio que cada uno es para el otro. Bajo este aspecto podemos leer y gustar el himno a la caridad (amor) en 1 Co 13, 1ss. Los dones extraordinarios, en todos los tiempos e incluso hoy, fascinan a mucha gente. La vía para respetar a Dios es el amor. Respetar a Dios es temer mucho no amarlo por Él mismo.

Servir a Dios nuestro Señor: camino obediente de su alianza

Actualmente se ha falsificado o manido esa palabra. A veces designa un organismo público o privado que tiene como misión administrar un aspecto de la vida de una población: servicio de transporte, servicio de salud, servicio municipal... La palabra ha perdido su sentido de gratuidad, lo mismo ha sucedido con su aspecto de apego personal que no equivale a un lazo de parentesco sino que significa la fuerza de relaciones recíprocas y confiantes tejidas en vista aun bien común a realizar.

En la Biblia, la palabra "servir" es capital en el vocabulario de la ALIANZA. Va de la mano con la palabra "salvar". "El hijo del hombre no venido para ser servido sino para servir y dar su vida" (Mc 10, 45).

Dios tiene la iniciativa del servicio y de la salvación del ser humano a lo largo de la historia de la humanidad. El Génesis comienza

presentándonos una dupla. En Gén 1, 29 es subrayado el don “te doy...” En Gén 2, 15-16 es el mandamiento “Puedes comer de todos los árboles... pero...” Don y mandamiento. El mandamiento (la prohibición tiene mucho de interdicción, lo que se “dice entre” dos personas) está hecho para preservar la vida. Está el don. Está el mandamiento, también él es un don que Dios nos hace.

En Éxodo 14, Dios salva libremente a su pueblo de Egipto. Don de la liberación de la esclavitud del Faraón. En Éx 20,2 aparece la reciprocidad que Dios pide. Aquí la ley es un don nuevo que Dios hace a su pueblo para protegerlo del faraón interior, no menos terrible que el Faraón de Egipto. La prohibición apunta a la vida del ser humano y del pueblo, es don como lo ha sido la liberación de Egipto.

En Jn 13, 1-13 tenemos el don y en 14-15, el mandamiento. Esto nos permite recordar el ejemplo del Servidor sufriente de Isaías (52, 7 a 53,12) considerado por la tradición cristiana como una profecía de la Pasión de Jesús. Recordemos algunas cosas sobre el sufrimiento sea físico o moral. Encontrarnos con alguien que sufre nos incomoda, perturba los pasos de nuestro pequeño mundo, su carácter imprevisto nos reduce al silencio. La tentación es pasar al lado (cfr. la parábola del buen samaritano, Lc 10, 29-30). Un ser humano que sufre se nos escapa, no podemos hacer nada, quedamos sin asidero. Raramente comprendemos el sufrimiento de otro. Crea una barrera y es difícilmente asimilable.

Así le sucede a Jesucristo en su sufrimiento. Acosado y objeto de escándalo durante su vida, tira por tierra todo lo que creíamos saber sobre Dios, sacude el mundo de los sabios y de los inteligentes. En su pasión se convierte en un excluido, solo puede sufrir porque es la Verdad no reconocida. Solo puede ser perseguido y golpeado por ser el justo que nos desarregla todo. Su sufrimiento permanece discreto e irrecuperable. Como toda persona que sufre, pero especialmente él, se descubre el rasgo de algo que viene de más lejos y de más alto y que nos llama. Jesús es el que se ha hecho servidor de Dios.

Volvamos a Dios que nos da el mandamiento siempre después de haber dado el primer paso al servicio del ser humano. Dios tiene la iniciativa del don. El don es una llamada para suscitar una respuesta. En Éxodo 20, 2: “Yo soy Yahvé el que te ha hecho salir de Egipto, de la

casa de esclavitud... tu no tendrás otros dioses" y los mandamientos que siguen... Israel no tiene que obedecer a Dios para ser salvado sino que obedece la ley de Dios porque ya ha sido salvado de Egipto. El mandamiento es un don nuevo que da la vida como el precedente (Dt 6,24). El mandamiento es inseparable del don que le precede, está la lógica relacional del don previo.

Notemos que Dios nos da la ley de la vida. Nos enseña porque el ser humano ignora esta ley. El ser humano no puede encontrar sola la ley de la vida, es necesario que Dios se la enseñe. ¿Cómo enseña Dios su ley? Sin dar explicación porque la vida no tiene explicación, la vida se experimenta, es todo. Dios no da justificación a la vida porque la vida se justifica sola, es decir, cuando se vive es que tenemos la experiencia de que la vida es buena..

¿Pero qué me asegura que es bueno para mí obedecer los mandamientos de Dios? Nada. No tengo ninguna certeza asegurada de que Dios quien da los mandamientos es bueno. La historia de la serpiente se monta justamente ahí ya que se da la sospecha de que Dios es celoso. Es imposible obedecer los mandamientos de Dios sin creer alguna cosa sobre Dios, sin darle nuestra confianza. Obedecer los mandamientos supone la confianza en Dios, es decir, la fe. La fe está absolutamente ligada a la obediencia.

Tenemos la crítica que San Pablo le hace a la ley en las epístolas a los Romanos. Pablo, en su tiempo de fariseo, fue un supermilitante de la Ley. La constatación que hace es que esta ley dada a Israel no le impide ser pecador como los otros. La ley antigua estaba escrita fuera de mí, era exterior a mí, me indicaba lo que hay que hacer sin darme la fuerza para hacerlo, era impotente para hacerme evitar el pecado. Pero aun sin ser causa se convertía en instrumento de la codicia (Rom 7,7). Esclareciendo mi espíritu, la ley aumenta la falta que se convierte, de esta manera, en una transgresión. En el fondo, san Pablo dice que la ley ha sido un pedagogo, ayudó al ser humano a entrar en la conciencia del pecado.

En el Antiguo Testamento ya había una esperanza e incluso la promesa clara de una Ley Nueva que sería escrita no sobre tablas de piedra sino en el corazón del ser humano (Dt 30, 11-14, Jer 31, 31). En la Nueva Alianza, por el don de la Alianza, el ser humano estará así

hecho que se volverá hacia el bien con la fuerza para cumplirlo: “da lo que pides”(San Agustín). Con el mandamiento Dios regala la fuerza para cumplirlo. San Pablo convertido al Cristo resucitado dice: “todo lo puedo en aquel que me fortifica” (Rom 5, 1-21; Gál 3, 16-26: es la fe quien regala el obedecer). La Ley ya no será un código sino alguien a quien seguir y amar, el Hijo dado por el Padre.

¿Qué es entonces servir a Dios? Entrar en ese nexo estrecho y confiante en el que Dios tiene la iniciativa con cada uno de nosotros y que se autentica en la obediencia a su Ley, en el seguimiento de Cristo y en la sumisión a las mociones del Espíritu. Nuestra relación con Dios no es un asunto de cantidad, de observancias minuciosas, pues, nada de eso podrá igualar el don previo que Dios nos ha hecho.

Sobre todo, en los inicios de la vida espiritual, servir a Dios consistirá, a menudo, en una obediencia un poco exterior que no percibe el porqué de las cosas pedidas. Pero en la medida que se progresa en esta realidad, el conocimiento de Dios Padre, Hijo y Espíritu entonces la ley de Dios en vez de ser percibida como novatada, broma pesada arbitrarias terminará por ser sentida como un llamado a la vida. Es el paso de la interiorización de la ley que es uno de los primeros momentos importantes de la vida espiritual. Es el momento, el tiempo en donde el ser humano deja de relacionarse con Dios por la necesidad que tiene de Él y comienza a amar a Dios por lo que es, gratuitamente. “Me ha amado y se ha entregado por mí”.

Todos los mandamientos de Dios son prohibiciones incluidos los mandamientos positivos: “Amarás al Señor...” ¿Qué es una prohibición? Es una interdicción, una palabra dicha entre dos personas. La prohibición nos hace pasar de la cosa prohibida a la persona que habla y uno comienza a comprender que detrás de la prohibición hay una Presencia que no nos quiere hacer morir sino hacer vivir. De allí, “servir a Dios” podría resumirse en “tener fe en Dios”, confianza en Dios y que Dios pueda tener confianza en nosotros. La única ley es la Alianza, es decir, la confianza mutua entre Dios y nosotros. Servir a Dios es aprender progresivamente a conocerlo, a entrar en sus gustos, sus preferencias, sus pensamientos que no son los nuestros... Es lo que dice Jesús: “yo no los llamo siervos sino amigos, pues, todo lo que el Padre me ha dicho se los he transmitido”. Servir a Dios es vivir en su

familiaridad, vivir en la intimidad de alguien que es el horizonte habitual de nuestros pensamientos, de nuestras decisiones.

El servicio de Dios no es una actividad particular sino el consentimiento de todo el ser a Dios por medio de la realidad que llega a mí hoy. Vemos porqué Jesús se llama a sí mismo Servidor de Dios y de los seres humanos.

La indiferencia

Tanto Dios como Jesucristo no pueden ser preferidos a las criaturas porque no hay proporción con ellos. Amar a Dios en las criaturas sí. El que prefiera absolutamente a Dios sabe que eso quiere decir ya no preferirlo puesto que es todo en todos. Al hablar de la indiferencia, en este momento es atravesar una especie de umbral en el devenir de la vida espiritual. El texto del Principio y fundamento continúa de esta manera: “las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre...”

El ser humano es creado por Dios... las cosas son creadas para el ser humano para ayudarlo conseguir el fin por el cual han sido creadas. Mi relación con Dios va a regir mi relación con las cosas, con los eventos, con las situaciones. Es mi ligazón con Dios la que dará la justeza de mi ligazón con el mundo. Mi relación con Dios es el fundamento, el principio rector de mi relación con el mundo. En el plan de la creación, las cosas han recibido el estatuto de medio aunque muchas veces el ser humano tiende a transformarlas en absolutas, en fines. Ellas se convierten entonces en obstáculos que nos enmascaran el único fin, Dios que es la medida de nuestro deseo (Prov 30,7-9).

El texto nos delimita el terreno de la indiferencia: “En todo lo que les es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío”. Pequeña precisión de vocabulario filosófico clásico, el libre arbitrio es la capacidad del ser humano de escoger esto o lo otro. La libertad es el compromiso profundo de sí mismo por el bien a través de una elección.

El terreno de la indiferencia es todo aquello que no está codificado en el decálogo. La indiferencia tiene que ver con cualquier comportamiento que no es inmediatamente mortífero espiritualmente para el ser humano aunque eso pudiese ocurrir. Allí, de cierta manera, Dios se retira, se calla y deja al ser humano con su deseo, es decir, el

instinto divino que ha puesto en nosotros al crearnos a su imagen y semejanza. Deseo que atrae hacia el Padre, su origen y su fin. Dios se encuentra en esa traza que Él ha dejado en nosotros: “Nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti”. Esta traza se llama libertad, deseo y, en la Revelación Cristiana, Espíritu Santo.

La palabra indiferencia es tramposa. Significaría el desinterés o incluso la repugnancia del mundo o una especie de insensibilidad cercana a la alienación peor que la ataraxia de los estoicos y desembocaría en la esterilización de la afectividad y del deseo. Fabricando personas secas y fríos, duros o suaves soñadores que se alienan en Dios despreciando el mundo que juegan a ser ángeles. O como dice Péguy que como no aman a nadie se imaginan que aman a Dios o porque no son de la naturaleza creen que son de la gracia. La indiferencia no es una virtud ni un trabajo o una obra. Es una manera espiritual de comportarse o como diría San Ignacio, “una manera de proceder”.

Es abrir a un tercero toda situación dual. A propósito de todas las cosas o situaciones que me suceden, es volver a pasar por Dios. Triangular todo. Toda relación del ser humano con Dios pasa por lo que Dios ha creado para el ser humano. Es decir, las cosas, el mundo, los otros son para el ser humano el camino necesario para ir a Dios. La relación del ser humano con Dios pasa por las cosas y la relación del ser humano con las cosas, para el cristiano, pasa también por Dios. La relación con las cosas es verdadera, fecunda, y lugar de crecimiento espiritual si pasa por Dios.

Pero esta triangulación conlleva otro aspecto, una actitud de discernimiento. Pues, todas las cosas no tienen el mismo valor de medio o de ayuda eficaz para encontrar a Dios. Además esto variará según las personas. Cada uno deberá discernir lo que, para él mismo, es ayuda y lo que es obstáculo.

San Ignacio no inventó la indiferencia, la encontró en la tradición cristiana pero después de haber tomada alguna distancia con la religión popular de la Edad Media que lo marcó mucho. Esta religión consistía principalmente en prácticas exteriores (peregrinaciones, ayunos, observancias diversa). Al hablar de la indiferencia ya no lo hace como un hombre de la Edad Media sino del Renacimiento para quien la religión

sin dejar de expresarse por obras exteriores toma una dimensión personal en donde el lugar de la libertad está fuertemente propuesto.

La indiferencia es un doble movimiento de compromiso con los medios para llegar a un fin que es el servicio de Dios, al mismo tiempo que es desasimiento de esos medios para que el fin buscado al inicio pueda ser alcanzado.

La indiferencia consiste en una libertad de apreciación de las cosas o de las situaciones como medios, válidos o no, para servir a Dios. Libertad de apreciación que permitirá tomar las decisiones sean pequeñas o importantes en función de Dios y de su mejor servicio.

Comportarse sin hacer diferencia entre salud, enfermedad, honor, deshonor, vida larga, vida corta, riqueza, pobreza pide una explicación. En un plano humano hago diferencia entre salud y enfermedad. Por eso consulto al médico y tomo medicamentos. Si me quedo sin trabajo no me quedo en esa pobreza, busco salir de ella. La indiferencia no es resignación. La indiferencia quiere decir que, en toda hipótesis, sea lo que sea que llegue, debo alabar, respetar y servir a Dios nuestro Señor. Pues, tanto la salud como la enfermedad me pueden alejar de Dios o también convertirse cada una en un camino hacia Dios. La indiferencia supone cierta mesura de desapego efectivo en relación a una cosa en la que me metería demasiado de cabeza, en exceso pero todo esto en vistas al servicio de Dios por el que comprometo mi afectividad, mi capacidad de amar.

La indiferencia choca con el movimiento espontáneo del ser humano en mirar todo, decidir todo a partir de sí mismo sin ninguna referencia a Dios o sin preguntarse cómo su relación con Dios es tocada por la decisión que se va a tomar. Lo que se pide aquí, en el umbral de una nueva etapa de la vida espiritual es la conversión del punto de partida: partir de Dios o, al menos, pasar por Dios. El ser humano que no está enraizado en la alabanza, respeto y el servicio de Dios no es un ser humano libre, pues, no tiene en cuenta la raíz de su ser fundado en Dios.

Nuestra relación con Dios no se juega en nuestra cabeza. Se juega en lo cotidiano de nuestra relación con las cosas, los eventos, las situaciones... Nuestra relación con Dios nuestro Fin, con Dios infinito se juega en lo finito, en el detalle. Tomar la decisión global de amar a Dios

es un poco ilusoria, pues, no se toma una decisión seria sobre lo global sino sobre el detalle. Amar a Dios comenzará por una fruslería: reducir el alcohol, moderar el uso de la televisión para dar un poco de tiempo a los hijos...

¿Por qué no es justo decir que la indiferencia es una preferencia? Cristo no puede ser preferido a los valores de este mundo. Si esto se pudiera, estamos diciendo que Él está a su nivel cuando Él está sin ninguna proporción con ellos. Cristo solo puede ser amado absolutamente, puesto que Él es todo en todos.

En el fondo, este procedimiento de la indiferencia llama nuestra libertad de la que no sabemos a dónde nos conducirá. La libertad compromete a la inventiva continua del amor. Por esa manera, se atraviesa un umbral decisivo de nuestra alianza con Dios.

Recordemos que la indiferencia es una especie de desapego en el apego. Esto únicamente tiene sentido porque Dios nos espera en las cosas, es decir, en lo real y no en el imaginario. Las cosas son dones de Dios, los eventos, las situaciones son también especie de visitas de Dios. Pues, Dios no nos hace ningún don, ningún signo para que encontremos en ellos el reposo absoluto o la saciedad ya que solo Él puede llenarnos. "Nuestro corazón está sin reposo" (Sal 48). Todo lo que ha hecho en la creación y en nuestra historia personal solo lo hace para hacer un único don: Él mismo.

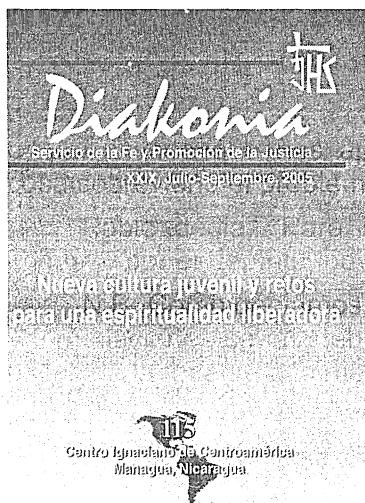
Muchas veces teneos la experiencia de haber deseado apasionadamente y por largo tiempo una cosa y cuando la tenemos, casi rápidamente pensamos: no es aún lo que busco. Las cosas son a la medida de nuestra necesidad. Dios es a la medida de nuestro deseo. Únicamente Dios llena nuestro deseo. La Biblia dice esto a menudo.

Volvamos sobre la ley que habíamos evocado. Están los diez mandamientos de Dios pero, para muchas cosas, gracias a Dios, no nos ha dado mandamientos. Pero está mi relación recíproca con Dios. He aquí mi brújula para atravesar este mundo, mi vida. Mi ley es mi relación de amor con Cristo. Él mismo se nombra camino de vida y nos pide seguirle sobre ese camino. Mi ley es el Espíritu que me ha sido dado y que es la relación del Padre al Hijo y recíprocamente, y mi relación al Padre y al Hijo.

¿Cómo saber si soy conducido por el Espíritu? Por los frutos (Gál 5, 22). Desde que nos apegamos de manera desordenada a alguna cosa sobreviene el problema (Gén 3).

Pablo decía: "Para mí vivir es Cristo". Para los que se dejan conducir por el Espíritu, no hay ley. La ley es el amor (Rom 13, 10).

N.B: Como decíamos al inicio todas estas experiencias, reflexiones y formulaciones se las debemos al P. Pierre Gouet, S.J. Nos queda por escribirle la tocante a la meditación para alcanzar amor.



No se quede sin su DIAKONIA. Servicio de la Fe y Promoción de la justicia diakonia@ns.uca.edu.ni

Una publicación editada por la Compañía de Jesús en Centroamérica. Ahora, tenemos otros Centros de Distribución, en los que usted podrá adquirirla.

Centro Monseñor Romero. UCA de San Salvador. P. German Rosa Borjas, sj.

Instituto Centroamericano de Espiritualidad (ICE) de Guatemala. Sr. Vinicio Morales

Centro Ignaciano de Centroamérica. UCA de Managua. Sra. Juanita Rivera (diakonia@ns.uca.edu.ni)